

CAPITULO V.

AMALIA, COMO LOS GENERALES, DÁ LA PRIMERA ACCIÓN
QUE SE LLAMA «RECONOCIMIENTO.»

AMALIA, calculando el grado de penumbra que era conveniente para mostrar sus atractivos, corrió los transparentes de los balcones y se sentó á esperar.

Al cabo de una hora, se presentaron en la sala la Chata y Ricardo.

Amalia se levantó de su asiento para recibir al recién llegado.

—Señora, dijo Ricardo saludando, vengo á ponerme

nuevamente á las órdenes de usted, y sería muy feliz si en algo pudiera serle útil.

—Confieso, contestó Amalia, que mi conducta acerca de usted requiere una explicacion, y voy á darla, pues en ningun caso quisiera aparecer como una persona lijera é imprudente.

—¡Malol pensó Ricardo.

—En el último baile, continuó Amalia, he tenido necesidad de ser desatenta.

—No comprendo.

—He cometido una falta.

—¿Una falta?

—Aunque involuntaria.

—Pero señora, yo no sé que falta.....

—Es usted muy bondadoso, supuesto que la olvida.

—Si la he olvidado, esa falta no puede ser grave.

—Sin embargo, voy á darle á usted una explicacion, porque yo soy muy franca.

—Señora, insisto en que cualquier falta que usted haya podido cometer, debe olvidarse con solo que usted tenga la intencion de satisfacerme.

—¿Rehusa usted mis explicaciones?

—Es que no estoy ofendido.

—Pero usted debe haberme calificado mal, y eso es grave, y como comprenderá usted, tengo el deber de desvanecer esa calificacion.

—¿Calificar á usted desfavorablemente? no en mis dias,

muy al contrario, yo he sido el culpable, yo que me he permitido.....

—¿Se refiere usted á la danza?

—Sí.

—Ya hablaremos de eso, pues lo primero es vindicarme si usted me lo permite.

—En ese caso.....

Ricardo hizo un movimiento que indicaba que se resignaba á oír, y Amalia cambiando de actitud continuó:

—Soy de Oaxaca; y aunque vine muy niña á educarme en el Colegio de las Vizcainas, he residido costantemente en mi país natal. Yo soy una muger.....

Ricardo se acercó un poco.

—Yo soy una muger, continuó Amalia, muy franca y usted me inspira una confianza suma.

—¡Amalia!... exclamó Ricardo permitiéndose por la primera vez la familiaridad de llamar á Amalia por su nombre.

—Sanchez, como deberá usted saber, no es mi marido.

—¡Ah! exclamó Ricardo como si hubiera acertado un albur.

—¿No lo sabia usted?

Ricardo se tardó para contestar y pronunció «sí» con el mismo acento con que hubiera dicho “no sabia una palabra.”

—Por otra parte, continuó Amalia, usted que es hombre de penetracion y de mundo.....

Ricardo se permitió la coquetería de recojer esa flor con una sonrisa.

—Habrá comprendido, agregó Amalia, que entre Sanchez y yo.....

—¡Ahl por de contado, hay una distancia..... Si verdaderamente no se comprende como una muger de los atractivos, del mérito, de la hermosura de usted haya podido unirse á un hombre que..... el señor Sanchez es una persona muy apreciable, yo nada digo, pero su educacion, sus principios, su carácter.....

—Considéreme usted, Ricardo.

Amalia inclinó la cabeza dejando que Ricardo diera rienda suelta á su imaginacion y considerara á Amalia muy desgraciada.

—Pues bien, continuó, ya podrá usted figurarse el género de vida á que estoy sujeta, porque ademas Sanchez es celoso.

—¡Tál ¡tál ¡tál ¿Celoso? ¿Con que es celoso el señor Sanchez?

—¡Qué dice usted qué atrocidad!

—Ya se vé, conocerse á sí mismo.....

—Eso.

—¿Conque se encela?

—Sí.

—¿Y de quién? ¿se puede saber?

—De usted.

—¿De mí? ¡Santo Dios! ¿De mí cuando.....

—Todo por la danza aquella.

—Oiga usted, Amalia, ¿que danzal Creerá usted que la he mandado buscar por todas partes?

—¿Y para qué?

—Para guardarla como un recuerdo del rato mas delicioso de mi vida.

—Vamos, vamos, Ricardo, dijo Amalia reconviniendo con una sonrisa cariñosa, no vaya usted á dar un fundamento sólido á los celos de Sanchez.

—Tendria razon.

—¡Ahl pues yo no quiero que Sanchez tenga razon.

—¿No?

—Sobre que ese es mi sistema.

—Ya se vé, es muy posible que nunca la tenga; y decididamente el talento está de parte de usted.

—No diga usted eso, y si me considera superior á Sanchez, eso no me envanece, porque es bien fácil ser superior á un tonto.

Por supuesto que cuando la conversacion llegó á este punto, ya la Chata habia encontrado un loable pretexto para retirarse prudentemente.

—Pues bien, continuó Amalia; la noche del baile, se encoló Sanchez de una manera estrepitosa con el frívolo pretexto de que usted me enamoraba.

—¡Yol

—Sí, y todo porque platicamos; como si no pudiera uno hablar con nadie en sociedad, ¿pues á donde íbamos á parar?

—Sobre todo cuando la conversacion es el pasto del alma.

—Y que lo que nosotros hablamos.....

—Es cierto que yo me permití decir á usted.....

—Usted es un hombre galante que tiene talento para decir flores á las señoras, pero eso nada tiene de reproachable, al contrario.

—¿No es verdad? ¿qué hombre.....

—Ni ¿qué señora... Pues bien, dió y tomó Sanchez en que usted me hacia el amor, y sin permitirme despedirme de nadie, me dió mi abrigo y desaparecimos, y yo me quedé con la horrible pena de dejar á usted pendiente para la segunda danza, sin darle á usted una explicacion de mi conducta.

—¿Y ha tenido usted la bondad.....

—De rogarle á la Chata, que es tan buena amiga mia, que suplicara á usted.....

—He sido el objeto de una fineza por parte de usted, que no olvidaré en mi vida; y ya que por la amabilidad de usted puedo contarme en el número de sus amigos, ¿me será lícito preguntar á usted si la cosa paró en ese disgusto?

—No, Ricardo. Figúrese usted que yo me salí del baile..... ya puede usted figurarse como me saldria, pero eso sí, se lo puse á usted de oro y azul.

—¿Al señor Sanchez?

—Sí, le dije que ese sistema bárbaro de encelarse por quitame ahí esas pajas, iba á dar un resultado funes-

to; le dije que ya estaba cansada de tolerarle esos arranques propios de los hombres sin cultura y sin sociedad, y le hice ver, en fin, los peligros á que se expone un hombre imprudente y celoso hasta el ridículo.

—¡Ah! eso es horrible!

—¿Y cree usted que se convenció? ¿que ha cambiado? no señor, al contrario, muy al contrario, desde esa noche no nos damos ni los buenos dias.

—¡Amalia! dijo Ricardo con entusiasmo; si cuando la consideraba á usted feliz me pareció usted tan interesante, ahora que sé que es usted desgraciada no tengo palabras con que expresarle la profunda impresion que hace usted en mí.

—Ricardo..... gracias.

El amor habia logrado ya unir á todos los encantos de la pasada danza, todos los atractivos de las situaciones difíciles.

A los veinticinco años una situacion dramática en pleno dia, tiene un encanto al que nunca se resiste la juventud. Desde el momento en que Ricardo comprendió que era actor de un drama de amor, se reveló en su interior todo lo que el hombre tiene de cómico, de audaz y de atrevido; se consideró el paladin de Amalia, le pareció que su honor de caballero lo colocaba en la estrecha necesidad de amparar á la desgracia oprimida, de redimir á la esclava de su deber, de sacrificarse por aquella beldad romántica que tenia arranques de franqueza y golpes de efecto.

1020006094

La vanidad cooperó no poco á que Ricardo se entregara maniatado á su instigadora, cuyas imprudencias eran ya para Ricardo otras tantas pruebas de un temple de alma sublime y de no sabemos cuantas otras virtudes relevantes.

CAPÍTULO VI.

LA CASA DE SANCHEZ.

EL lector no conoce de la casa de Sanchez, mas que el tocador de Amalia y la sala.
Le invitamos á pasar adelante.

En la asistencia, que es una pieza alfombrada y en la que á pesar de lo costoso de algunos muebles, reina cierto desórden y desaseo, estaba instalada hacia dos horas una verdadera tertulia.

En un sillón verde estaba Don Aristeo.

Don Aristeo era un hombrecito de edad dudosa aunque podría tener cincuenta años; era magro, de pelo negro